

Aquí estoy yo

Extrañas fragancias lleva en la costa el agitado aire invernal esta mañana, dos semanas antes de Navidad. Balsámicos vapores en un mar sombrío causan expectación en los incautos.

Es, no hay duda, el aroma a reparación y rehabilitación de viviendas a gran escala. Madera recién aserrada, PVC blanco y limpio, el tufillo a lejía del Sakrete, el picor de la silicona, el efluvio dulzón de la tela asfáltica y el alcohol desnaturalizado. La almidonada esencia del Tyvek mezclada con la urdimbre sulfurosa del mar y el hedor proveniente de la bahía de Barnegat. Es el aire del desastre en toda regla. En mi nariz –experta en esas cosas en otro tiempo– nada huele a ruina de forma tan fragante como los primeros intentos de rescate.

Lo noto primero en el semáforo rojo de Hooper Avenue, y luego cuando lleno el depósito de mi Sonata en la Hess, antes de dirigirme al puente hacia Toms River y Sea-Clift. Aquí, entre los intensos olores de la gasolinera, una brisa invernal me agita el pelo mientras los dólares se me van como en una tragaperras bajo las crecientes nubes de diciembre. La brisa ha puesto en movimiento los plateados molinillos

de Bed Bath & Beyond, el almacén de artículos para el hogar que anuncia su Grandiosa Reapertura en el parque comercial de Ocean County («Sólo un colchón nuevo podrá tumbarnos»). A lo largo de su kilométrico aparcamiento, con una décima parte ocupada a las diez de la mañana, el Home Depot —un remedo del Kremlin, pero con un enigmático aspecto de «soy tu amigo a pesar de todo»— ha abierto sus puertas temprano y de par en par. Sale un reguero de clientes que, con paso incierto, llevan en equilibrio cajas de nuevos inodoros, nuevas placas base, nuevos circuitos de cableado, bisagras retractiladas, puertas de alma hueca, toda una escalinata de entrada tambaleándose sobre un gigantesco carrito de la compra. Todo de camino a algún domicilio que aún sigue en pie tras la zarabanda del huracán: hace ya seis semanas, pero aún presente en la memoria. Todos continúan perplejos: amargados, deprimidos, dolidos pero resueltos. Decididos a «renacer de las cenizas».

Aquí, debajo de la marquesina de la Hess, han puesto muy alto un programa radiofónico deportivo para los clientes, el *Pat 'n' Mike Show* de la Magic 107 de Trenton. Una vez me conté entre sus fieles seguidores. Ya son viejos. Una voz retumbante —es Mike— declara:

—Vaya, Patrick. El entrenador Benziwicki ha soltado todo un bombardeo de PALABROTAS, ya te digo. Como en *Treinta segundos sobre Tokio* pero más a lo bestia.

—Vamos a oírlo otra vez —dice Pat por un altavoz instalado en las profundidades del surtidor—. Totalmente increíble. *To*-talmente. ¡Eso lo ha dicho en la *ESPN!*

Otra voz áspera, agotada, grabada —la del entrenador B—, empieza, furiosa:

—Vale. Permitidme que os diga sólo una PUÑETERA cosa, MAL LLAMADOS periodistas deportivos. ¿Vale, CAPULLOS? Cuando seáis capaces de entrenar a un MALDITO

equipo de colegialas de nueve años, entonces *podré* teneros una pizca de PUÑETERO respeto. Hasta entonces, CAPULLOS, podéis iros a TOMAR VIENTO desde ahora mismo hasta la PUÑETERA comida del domingo con billete de ida y vuelta. Ya lo habéis oído.»

Vestido de blanco, con la mirada ausente, el joven empleado de la Hess que me está echando gasolina no oye nada. Me mira como si yo no estuviera allí.

–Eso más o menos lo dice todo, supongo –reconoce Mike.

–Y *de sobra* –conviene Pat–. Deja las llaves en la mesa, Entrenador. Estás acabado. Coge el PUÑETERO *bus* y vuélvete al MALDITO Chillicothe.

–Increíble, PUÑETA.

–Oye, vamos a hacer una pausa, CAPULLO.

–¿Yo? CAPULLO lo serás tú. Ja-ja-ja. Ja-ja-ja-ja.

En las últimas semanas, he empezado a recopilar un inventario personal de palabras que, bajo mi punto de vista, no deberían seguir empleándose en el lenguaje hablado... ni de *ninguna* otra forma. Y ello en el convencimiento de que la vida se reduce a una sustracción gradual, tendente a una esencia más sólida, más cercana a la perfección, después de la cual desaparece toda ideación y nosotros nos dirigimos a nuestro particular Chillicothe virtual. Una reserva de menos y mejores palabras podría servir de ayuda, creo yo, estableciendo un modelo para pensar más claramente. No es tan distinto de quien se va a vivir a Praga sin saber el idioma, y para hacerse entender acaba hablando un inglés que conlleva la especial responsabilidad de sonar claro, conciso y lleno de sentido. De todos modos, cuando uno se hace viejo, como yo, se encuentra inmerso en las acumulaciones de la vida.

Que, en realidad, salvo en el aspecto médico, no se materializan. Mejor ir reduciendo cosas. Y por dónde empezar mejor que por las *palabras* que elegimos para expresar nuestros pensamientos, cada vez más infrecuentes, cada vez más erráticos. Podrá resultar difícil, pongamos por caso, que quien tenga el checo de lengua materna aprecie plenamente las palabras «plasta» o «joroba», o la frase «Estamos en estado interesante» o «¿Dónde está el intríngulis?». O bien, ya que estamos, «respetable» cuando sólo significa «considerable». O «sietemesino», «bisoño» o «legado». O «sin problema» cuando en realidad se quiere decir «de nada». Igual que «aterrizaje suave», «implicación emocional», «hidratarse» (cuando sólo significa «beber»), «hacer arte», «compartir», «tender la mano», «barullo» cuando significa ruido, y... a propósito de la Magic Uno-Cero-Siete: «Bombardeo de palabrotas.» En mi opinión, «cabrón» y «joder», con todos sus derivados, son términos que siguen siendo perfectamente válidos, con claros y distintos matices en su ya rica historia. El lenguaje imita el desorden público, dijo el poeta. ¿Y qué *parece* la vida de nuestro tiempo, sino un desorden?

Ayer, nada más dar las ocho, una llamada inesperada me fastidió la mañana. Contestó mi mujer, Sally, pero me obligó a levantarme de la cama para hablar. Había estado en duermevela entre la completa oscuridad y la primera luz del día, fantaseando sobre la posibilidad de que en alguna parte, de algún modo, se estuviera fraguando algo bueno que me haría feliz, sin que yo me hubiese enterado todavía. Desde que dejé de vender casas (al cabo de unas décadas), echo profundamente de menos las expectativas de esa clase. Aunque es lo único, teniendo en cuenta cómo ha ido la

cuestión inmobiliaria y todo lo que me ha pasado. Estoy contento aquí, en Haddam, con sesenta y ocho años, disfrutando del Siguinte Nivel de la vida, el último, previsiblemente: integrante de esa parte de la población que ya ha limpiado su escritorio, libre para hacer el bien en estado puro en el mundo, si así lo decidiera. Con ese espíritu, viajo una vez a la semana al aeropuerto Liberty de Newark con un grupo de veteranos, para dar la bienvenida a los soldados que, cansados y perplejos, vuelven a casa de Irak y Afganistán después de su periodo de servicio. No lo considero en realidad un «compromiso» ni un auténtico «corresponder», porque no resulta muy incómodo estar allí de pie, sonriendo, alargando la mano, alzando la voz para decir: «¡Bienvenido a casa, soldado (o marinero o aviador)! ¡Gracias por su servicio!» Es más un gesto para la galería que una declaración seria, y está encaminado sobre todo a demostrar que *nosotros* seguimos siendo importantes, con lo que al mismo tiempo garantizamos que no lo somos. En cualquier caso, mis sensores particulares están alerta para otras cosas positivas que pueda hacer en la recta final de mis días..., también conocida como «jubilación».

—¿Frank? Soy Arnie Urquhart —restalló ásperamente por el teléfono una voz masculina, muy fuerte, entre un lejano y aparatoso ruido de tráfico. Se oía música en segundo plano: Peter, Paul & Mary cantando el «Lemon Tree» del remoto 1965. «Le-mun tree, ve-ry pritty / and the lemun flower is sweet...» Desde donde estaba, en pijama, observando por la ventana que daba a la calle al empleado de la Elizabethtown Water, que subía a la acera para leer el contador del agua, mi memoria dio un salto hacia el rostro de la ultrasensual *Mary*, con su boca cruel, primitiva, el pelo rubio escalado, la voz de contralto prometiendo un coito sin tonterías por el que uno renunciaría a toda su dignidad,

aun a sabiendas de que no iba a estar a la altura. Muy distinta de como acabó su vida años después, irreconocible y envuelta en aquel sayón informe. (¿Cuál de los otros dos era el exhibicionista? Uno se fue a vivir a Maine.) «... but the fruit of the poor lemun is im-poss-i-bul to eat...»

–Baja el volumen de algo, Arnie –dije entre la confusión de ruidos al sitio del planeta en el que se encontrara–. No te oigo.

–Ah, sí. Vale.

Un cristal que se cerraba automáticamente sorbiendo el aire. La pobre Mary se quedó callada como la losa bajo la que está enterrada.

La conexión se hizo más nítida, para luego quedarse muda durante un largo momento. Ya no hablo tanto por teléfono con la gente.

–Joder, ¿por qué todos los hombres del tiempo nos desean que pasemos un buen día? –dijo Arnie, alejado ahora del teléfono. Había puesto el *manos libres* y parecía hablar desde el pasado.

–Está en su ADN –dije desde la ventana de mi casa que daba a la calle.

–Ya, ya. –Arnie emitió un hondo y sonoro suspiro. Dondequiera que estuviese, pasaban coches zumbando.

–¿Dónde *estás*, Arnie?

–Parado en el puñetero Garden State, cerca de Cheesequake. Voy a Sea-Clift, o a la mierda que quede de ese lugar.

–Ya veo –le dije–. ¿Cómo está tu casa?

–¿De *verdad* lo ves, Frank? Bueno, pues me alegro de que lo veas, joder.

Allá en los buenos tiempos de la burbuja inmobiliaria, ya pinchada, le vendí a Arnie no simplemente *una* casa, sino *mi* casa. En Sea-Clift. Una mansión de playa, alta, de cristal

y madera de secuoya, diseñada por un arquitecto, justo frente a lo que parecía un mar benigno y resplandeciente. Lo que todo el mundo sueña como segunda residencia. Vi cómo Arnie se sacudía un buen montón de pasta (dos puntos ocho, sin «comisión» por ser una venta entre particulares). Sally y yo habíamos decidido mudarnos al interior. Yo estaba dispuesto a cerrar la agencia. Este otoño hizo ocho años; dos semanas antes de navidades, como ahora.

En mi defensa, ya había hecho varias llamadas a la residencia habitual de Arnie en Hopatcong, para saber cómo había capeado el temporal su/mi casa de la playa. También a varios de mis antiguos clientes, así como a mi socio de la agencia. Todas las noticias fueron malas, malas, malas. En Haddam, Sally y yo sólo perdimos dos pequeños robles (uno ya había fenecido) y la mitad del tejado de su cobertizo del jardín, aparte del parabrisas resquebrajado de mi coche. «Tanto ruido para nada», como decía mi madre, antes de remedar un pedo con los labios, haciendo *pppttt* y soltando una carcajada.

—Te he llamado unas tres veces, Arnie —dije, percibiendo la siniestra y vertiginosa sensación de ser un embustero, aunque no fuera verdad; en eso, no.

El empleado de la Elizabethtown, dirigiéndose a su furgoneta, me hizo un signo de aprobación. Nuestro consumo de agua en noviembre, ningún problema.

—Eso es como hablar con un cadáver para decirle que lamentas que se haya muerto. —A través del manos libres, la voz de Arnie se apagaba y volvía a surgir desde Cheesapeake—. ¿Qué ibas a proponerme, Frank? ¿Invitarme a comer? ¿Volverme a comprar tu casa? Allí no queda ni rastro de la puta casa, zopenco.

Para eso no tenía respuesta. Visibles muestras de amabilidad, conmiseración, camaradería, pena compartida y

empatía: débiles aliadas en la lucha contra las grandes pérdidas. Yo sólo quería saber que no había pasado lo peor; y así era, según veía. Aunque en Sea-Clift fue donde la gran oleada llegó a la orilla, como en Dunquerque. Ninguna posibilidad de esquivar las balas.

—No te echo la culpa *a ti*, Frank. No es por eso por lo que te estoy hablando por el canuto.

Arnie Urquhart es un antiguo miembro de los equipos deportivos de la Universidad de Michigan, como yo. Curso del 68. Hockey. Finalista de una beca Rhodes. Fraternidad Lambda Chi. Cruz de la Armada. Todos hablábamos así en aquellos despreocupados e inquietos días. El canuto. El tigre. El pulguero. La biblio. El ojal. Quiquis. Chorras. Peras... Es un milagro que se nos permitiera ejercer alguna vez un trabajo asalariado. Arnie es el propietario y gerente —o lo era— de una marisquería para clientes selectos al norte de Jersey con la que ha ganado una fortuna vendiendo huevas de sábalo, caviar iraní y exquisiteces importadas del Mar Negro de las que la Agencia de Seguridad Alimentaria no tiene la menor idea, todo ello entregado en furgonetas blancas sin identificación alguna a directivos de la Schlumberger para festejos privados de los que nadie tiene noticia, ni siquiera el presidente Obama, a quien de todos modos no invitarían porque, según el refinado punto de vista de los republicanos, en el menú no habría menudillos ni morro de cerdo.

—¿En qué puedo ayudarte, Arnie?

Estaba viendo cómo se alejaba por Wilson Lane la furgoneta de la Elizabethtown. El primer blanco que se ofrece a la vista de los clientes cuando la venta de una casa sale mal —no importa cuándo— suele ser el agente inmobiliario, cuyas intenciones son casi siempre buenas.

—Ahora voy para allá, Frank. Me ha llamado un cabrón

de italiano. Quiere comprar el solar con la casa, o lo que queda de ella, por quinientos mil. Necesito consejo. ¿Podrás darme alguno?

Más coches que pasan zumbando.

—Mis consejos ya no me sirven ni a mí, Arnie —le dije—. ¿Cómo está la situación por ahí?

Ya estaba al tanto, desde luego. Todos lo habíamos visto por la CNN, y luego lo vimos una y otra vez hasta que ya nos daba lo mismo. La costa de Nagasaki..., con la tentación de los Giants y los Falcons en otro canal con sólo darle a un botón.

—Te lo vas a pasar de miedo, Frank —dijo Arnie, incorpóreo en su coche—. ¿Dónde vives ahora?

—En Haddam.

Sally había entrado por la puerta de la cocina con su atuendo de yoga, llevándose a los labios un tazón de té, soplando el humo, mirándome como si acabara de enterarse de alguna desgracia y yo debiera colgar.

El estridente bocinazo de un camión rompió el silencio donde Arnie estaba.

—Gili Pollas —gritó Arnie—. Haddam. Muy bien. Bonito sitio. O lo fue una vez. —Arnie dio un golpe al teléfono con algo—. Mi casa, *tu* casa, está ahora a sesenta metros de la orilla, Frank. De lado; si es que tiene lados. Los vecinos están aún peor. Los Farlow intentaron aguantar en su habitación de seguridad. Ya no lo cuentan. Los Snediker salieron por pies en el último momento. Acabaron en la bahía. Barb y yo estábamos en Lake Sunapee, en casa de mi hijo. Lo vimos. Vi mi casa por la tele antes de verla en persona.

—Supongo que eso es una buena noticia.

Arnie no contestó.

—¿Qué quieres que haga, Arnie?

—Voy para allá a ver a esos cabrones. Compañías *fantas-*

ma. ¿Has oído hablar de eso? Especuladores. —Arnie había empezado a hablar con una especie de gruñido de tipo duro, con un deje de gángster de Jersey.

—He oído hablar de eso.

Lo había leído en el *New York Times*.

—Entonces ya ves cómo están las cosas. Necesito tu consejo, Frank. Eras un tipo honrado.

—Llevo bastante tiempo fuera del mundo inmobiliario, Arnie. Me ha caducado la licencia. Lo único que sé es lo que leo en el periódico.

—Lo que te hace aún más digno de confianza. No tienes la motivación del beneficio. No pienso pegarte un tiro, si eso es lo que te preocupa.

—Todavía no he llegado a eso, Arnie. —Aunque sí lo había pensado. Ya había ocurrido. Una vez en Ortley Beach, otra en Sea Girt. Agentes asesinados en su escritorio, mecanografiando ofertas de venta.

—Bueno. ¿Vas a venir? Yo diría que me debes una. —Otro devastador bocinazo de un camión a toda velocidad—. Joder. Estos mamones. Me van a matar si sigo aquí. ¿Entonces qué?

—De acuerdo, iré —dijo, sólo para que Arnie saliera del arcén y llegara a la escena de la destrucción.

—Mañana a las once. En la casa —dijo Arnie—. O donde antes estaba la casa. *Puede* que la reconozcas. Conduzco un Lexus plateado.

—Allí estaré.

—¿Vamos a ganar la LNH este año, Frank?

Hockey. Equilibra la destrucción.

—No sigo mucho la liga, Arnie.

—Esos jugadores tarados —dijo Arnie—. Tuvieron la mejor oportunidad de su vida. Ahora tendrán que conformarse con menos. ¿Te suena familiar? —Como siempre, Arnie se

situaba en el bando de la dirección—. Gloria a los vencedores, Frank.

—Campeones del Oeste, Arnie.

—*Mañana en la mañana*.¹ —Lo que parecía ser la manera de Arnie de dar las gracias.

En el Little League World Champions Boulevard, en Toms River, no parece haber ningún cambio radical relacionado con la tempestad. Desde una perspectiva puramente visual, la isla de barrera que cruza la bahía ha desempeñado una función milagrosa para las poblaciones del interior, aunque por aquí, en las zonas residenciales, se ven muchas ruinas. Hay un tráfico anémico por el tramo al que antes se aludía como Miracle Mile, en dirección al puente. Está claro, sin embargo, que Toms River se ha ganado cierta reputación de superviviente. Un Santa Claus sin barba está sentado en una caja de plástico roja de envases de leche frente al café Launch Pad (mexicano, a todas luces), con un letrero rojo de cartón apoyado en la rodilla. EL CAFÉ DA ÁNIMOS. FELIZ NAVIDAD. Lo saludo con la mano, pero él sólo se me queda mirando, como si fuera a hacerle un corte de mangas. Un poco más allá, a la entrada de la casa de fianzas Free At Last sólo hay un coche aparcado, igual que frente a un par de bares de estructura cuadrada y fachada lateral de amianto situados al fondo de los terrenos de grava. Hubo un tiempo —antes del redescubrimiento de la costa, cuando los precios se pusieron por las nubes— en el que se podía venir en coche de Pottstown con los niños y la parienta, y el fin de semana completo te salía por unos doscientos. Ahora ni lo sueñes, incluso después de la tormenta. Un gran

1. En español en el original. (*N. del T.*)

letrero –parte de su mensaje arrancado por los vientos– anuncia la gira de despedida de Glen Campbell. Permanece la mitad del sonriente rostro de Glen, demasiado guapo, una foto de los años sesenta: antes de Tanya, del bebercio y la cocaína. Frente a uno de los bares han reconvertido una pancarta de papel –robada de algún jardín después de las elecciones– y en lugar de «Obama-Biden» ahora anuncia: «Hemos vuelto. Que te den por culo, Sandy».

Conduciendo, hago que la *Fanfare* de Copland inunde el espacio interior a las diez treinta. He comprado su obra completa por internet. Como siempre, me estimulan los oboes de la obertura, que van dando paso a las cuerdas y luego a los timbales y contrabajos. Es una mañana de cielos altos en Wyoming. Joel McCrea galopa por una llanura barrida por el viento. Barbara Britton, recién llegada de Vermont, está frente a su cabaña de destripaterrones. *¿Por qué se retrasa tanto? ¿Habrá problemas? ¿Qué puedo hacer yo, una mujer sola?* He gastado tres discos este otoño. Cualquier versión de Copland (hoy es la Sinfónica de Pittsburgh dirigida por un israelí) llega a convencerme en todo momento de que no soy simplemente un viejo cualquiera que hace lo que suelen hacer los viejos: coger el coche para ir a la tienda a comprar leche de soja, a la consulta del dentista y al aeropuerto a recibir a los soldados, aunque a veces en contra de su voluntad. No cuesta demasiado cambiarme el punto de vista sobre un día determinado, sobre un momento determinado o sobre cualquier cosa determinada. El año pasado Sally me dejó un Copland en el calcetín de Navidad (*Billy the Kid*), y eso ha tenido efectos positivos. Compré *El libro tibetano de los muertos* para hacerme un regalo a mí mismo pero no he hecho muchos progresos, aunque me hace falta.

No he tenido tiempo de mirar el papeleo de la venta de Arnie Urquhart en 2004; no sé si la financió, si pidió

un préstamo o si simplemente sacó un buen fajo y empezó a contar billetes. Desde luego, yo debería recordar la transacción, porque era *mi* casa y la pasta fue directa a mi bolsillo: la utilicé para pagar la casa de Haddam, y me sobró bastante. Aunque como muchas de las cosas que debería hacer y no hago, no me acuerdo. No es verdad que a medida que te vas haciendo viejo las cosas se te escurran de la cabeza como melaza del tablero de una mesa. Lo que *sí* es cierto es que no recuerdo bien algunas cosas, debido al hecho de que no me importan tanto. Ahora llevo un reloj barato, un Swatch, pero a veces pierdo la cuenta del día del mes, sobre todo a finales y al principio, cuando me despisto de «treinta días trae noviembre, con abril, junio y septiembre...». Lo que es normal, según creo, y no me preocupa. No es como si todas las mañanas me pusiera los pantalones al revés, me atara los cordones de los zapatos juntos y no encontrara el camino al buzón. Mi única molestia persistente es una subluxación (término propio de guardametas) ocasionalmente dolorosa en la C-3 y la C-4. Hace que tenga una sensación como de «Rice Krispies» en el cuello, aparte de que me duele cuando lo giro a uno u otro lado, de modo que no suelo hacerlo mucho. Temo que pueda obstaculizar señales enviadas al cerebro. Mi traumatólogo en el Haddam Medical, el doctor Zippee (paquistaní y gilipollas de primera), me preguntó si quería que me pidiese «una analítica de sangre» para ver si soy candidato para el Alzheimer. (Se puso muy contento al sugerirlo.) «Gracias, pero no», le contesté, de pie en su diminuto cubículo verde, con el camisón de flores abierto por detrás y el culo helado. «No sé lo que haría con esa información.» «Seguramente la olvidaría», dijo él, refocilándose. También me dijo que una arruga vertical, en general inadvertida, en el lóbulo de la oreja es un «buen marcador» de dolencia

cardiaca. Yo tengo una, claro está, aunque no profunda, lo que, según espero, es un signo positivo.

Pero mi opinión sobre el «A mayúscula» —en caso de que llegue a contraerlo— es que no tarda mucho en buscar su cómodo rincón, y no es tan malo como lo pintan. El doctor Zippee, que estudió en la Facultad de Medicina de Karachi e hizo las prácticas en la Hopkins, vuelve en invierno a la madre patria para trabajar en una *madrasa* (ni idea de lo que sea eso). Se queja de que Estados Unidos, en su vengativo celo por dominar el mundo, ha destruido la vida en su país de origen; de que los talibanes empezaron en el bando de los buenos y estaban de nuestro lado. Pero ahora, gracias a nosotros, de noche no hay seguridad en las calles. Le digo que, para mí, paquistanés e indios son el mismo pueblo, igual que árabes e israelíes, irlandeses del norte y del sur. La religión no es más que una excusa para mutilarse e incinerarse los unos a los otros: de otro modo, la gente se moriría de aburrimiento. «Impresionante», dice, echándose a reír como un chimpancé. Hace poco ha comprado una casita en Mount Desert y confía en que muy pronto podrá olvidarse de Nueva Jersey. Según el, la vida es cuestión de administrar el dolor, y yo necesito mejorar la gestión del mío.

Copland alcanza la cima cuando llego al puente. La bahía de Barnegat, esta mañana, es un mar de lentejuelas agitado por el viento, con la alargada isla y Seaside Heights al frente, que en este momento, arponeados de sol, no parecen haber cambiado nada. Las gaviotas vuelan en las alturas. Unas cuantas velas, escasas, se rizan a lo lejos bajo una brisa racheada procedente de tierra. En su punto más alto, la temperatura ha rozado los dos grados. Hace falta ser fantasma para estar en el agua. Es evidente que voy poco abrigado, pero estoy eufórico por encontrarme de nuevo en la

costa, incluso para enfrentarme al desastre. Nuestras emociones verdaderas nunca son convencionales.

Un Air-Tran –un viejo «cerdito» 737–, lleno de jugadores soñolientos, eleva el morro desde Atlantic City apuntando al cielo bajo y gris, de vuelta a Milwaukee. Distingo la «a» minúscula en el alerón de cola mientras desaparece entre la niebla por el lado del mar donde estaba mi antigua casa, aunque por lo visto ya no está.

Ayer por la mañana, después de hablar con Arnie, Sally bajó mientras yo desayunaba mi All-Bran, y se quedó quieta frente al ventanal, con la mirada perdida en el jardín trasero, pensando en la actividad de las ardillas al final del otoño. Yo estaba encantado de no pensar en nada que valiera la pena reseñar, en Arnie Urquhart no, limitándome a respirar a la cadencia de mis mandíbulas. Al cabo de un rato de no decir nada, se sentó frente a mí, con un libro que la había visto leer a altas horas de la noche: tenía la luz encendida cuando empecé a dormirme, la apagó luego y volvió a encenderla más tarde. No es algo insólito en gente de nuestra edad.

–Anoche leí una cosa horrible.

Tenía apretado contra su camiseta de yoga el libro en el que había estado enfrascada. Me miraba con fijeza. Parecía preocupada. Yo no alcanzaba a ver el lomo del libro pero comprendí que quería hablarme de él.

–Cuéntame –le dije.

–Bueno. –Frunció los labios–. Allá por 1862, a pesar de que la Guerra de Secesión estaba en pleno auge, la Caballería de Estados Unidos tuvo tiempo de aplastar una revuelta india en Minnesota. ¿Lo sabías?

–Lo sabía –dije–. El levantamiento de los dakotas. Es un hecho bastante conocido.